

voz de la cual me sería imposible reproducir el acento, con sonar aún en lo más profundo de mi alma, cual si acabara de oirla en este mismo instante.— ¡Oh, sí que es verdad, mi teniente!... ¡Sí que es verdad!... Lo es... Lo...

¿Sabéis por qué se interrumpió? Porque enternecido, agitado como se hallaba, impulsado por el afecto, ¿qué sé yo? de la gratitud por mis fraternales palabras, el honrado muchacho olvidó por un instante que yo era oficial, que él no era más que un pobre recluta, había extendido un brazo hacia mí; pero rehaciéndose repentinamente, habíalo retirado no con tanta rapidez, sin embargo, que su mano extendida no rozara suavemente la manga de mi capote.

— ¿Eh?... — dije.

Avergonzóse, se confundió, y murmurando con no poca timidez no sé qué excusas, retrocedió hasta el fondo de la garita. Parecióme que respiraba con gran dificultad. Acaso estaba sollozando.

Alejéme de aquel sitio con el corazón profundamente conmovido. ¡Sentíame tan satisfecho de mi propia acción! Miré de nuevo las iluminadas ventanas: de nuevo hirieron mis oídos los sonos de aquella música en la cual hacía largo rato que no fijaba la atención, penetré con la mente en aquellos salones,... ¡Bah! ¡Imágenes pálidas y difumadas!

— ¡Qué valen—pensé—esos goces y esas dichas, comparados con los que embargan mi alma en este instante!

EL CAMPAMENTO

UNA hermosa pradera, llana, vasta, rectangular, limitada por sus cuatro lados por un foso y un vallado de malezas, cubierto de una espesa alfombra de verdura sembrada de innumerables margaritas. Más allá del foso de uno de los lados, un espeso bosque de moreras, encinas y castaños, y más lejos aún, sobresaliendo por encima de aquella mancha, una colinilla de suave pendiente, verde también y salpicada de árboles frondosos y casitas blancas. Á la mitad de la falda, un grupo de casas más elevadas y de aspecto más elegante, dominadas por un campanario esbelto y ligero, y acá y acullá, en todas direcciones, quintas lindísimas y diminutos palacios, oteros cuajados de flores, y largas avenidas flanqueadas de pinos, y grupos de sauces, y senderos tortuosos y enarenados, y aquí y allí, estatuillas de mármol, y juguetones surtidores y fuentesillas, medio escondidos entre los árboles y la maleza. Delante de la pradera y á lo largo del lado opuesto al bosque, se extiende un cómodo camino de arrecife, que en suave pendiente llega hasta la aldea, después de haber rodeado gran parte del bosque. En dicha pradera ha establecido sus tiendas un regimiento.

Situémonos en la carretera y desde ella contemplemos el campamento. Partiendo de la línea marcada por el foso, y á unos veinte pasos del mismo, extendiéndose hasta el opuesto

confín de la pradera, se distinguen ocho hileras de tiendas, paralelamente dispuestas, y separadas entre sí por un espacio de veinte metros. Cada una de las hileras se compone de un centenar de tiendas; en cada una de las cuales se alojan tres soldados y por consiguiente, trescientos soldados en cada línea y dos mil cuatrocientos soldados, ó poco menos, en las ocho: total un regimiento. Las lonas limpias y tersas; las cuerdas sujetas al suelo por medio de estacas establecidas en línea recta; los intervalos iguales; todo en orden; todo en su punto; un campo trazado á pincel. Delante de las aberturas de las tiendas, y detrás de ellas y á los lados, se levantan chozuelas y cobertizos — arrebatados á los árboles de aquellos alrededores, con gran enojo del coronel, — pendiendo de las ramas, cual si fueran aves de triunfo, muy graciosas guirnaldas de espigas y amapolas entretajadas. Aquí y allí en el extremo de una caña hincada en el suelo, ondea á modo de bandera algo que no es más que una corbata que en mejores tiempos fué color de rosa, ó un jirón de camisa, ó un trozo de pañuelo azul, con tendencia á verdoso. En el interior de las tiendas un revoltijo de paja, uniformes, mochilas, cartucheras, fusiles y bayonetas. Entre una y otra tienda tirantes cordelillos, de los cuales penden, para que se sequen, numerosos calzoncillos que en las piernas imaginadas por el Gobierno deberían llegar hasta el tobillo; pero en las de los soldados, que las tienen como se las hizo la madre que les parió, alcanzan sólo hasta la rodilla.

Á la derecha de todas las tiendas, en dirección paralela al lado más corto del campo, se levanta otra fila de tiendas de forma cónica; pero más elevadas, más capaces, más recias, más cómodas: son las destinadas á los jefes, desde la del coronel, que es la más próxima á la carretera, hasta la de los oficiales de la última compañía. Más hacia la derecha, paralelamente á las tiendas de los oficiales, y á lo largo del foso divisorio, una larga hilera de carros llenos de cajones, cajas, cofres, envoltorios y otros cien objetos distintos, y detrás del

último carro, en el último ángulo de la pradera, una hilera de caballos y de mulos atados á los troncos de los árboles. Á todo lo largo del lado opuesto, — la izquierda, — una línea interminable de negras marmitas, dispuestas en grupos igualmente espaciados, y entre grupo y grupo diminutos hornos contruídos con piedras y adobes, y montones de ceniza; y restos de apagados tizonos, y esparcidos por todos lados, fajos y gavillas de ramas, de malezas y de pequeños troncos. De la parte allá del foso, arbolillos derribados, hendidos, desmochados; setos con grandes brechas, surcos pisoteados y deshechos; todas las señales de una verdadera devastación y un saqueo no interrumpido. ¡Pobre coronel! ¡cuántas veces habrá montado en cólera!

Un rústico puentecillo hecho á propósito, con dos robustos troncos y unos cuantos tablones, pone en comunicación el campamento con el camino. Junto al puente, pero en la parte interior del campamento á lo largo de la orilla del foso, se distinguen diez ó doce tiendas aisladas, que sirven de cuarto de prevención y de cárcel, y en ellas están los presos. En el puente un centinela, otro delante de las tiendas, y otros en derredor del campo en todos los puntos de salida.

Tal es el campamento.

— Declinaba el sol: era una hermosísima tarde del mes de Julio, el ambiente admirablemente límpido y sereno, fresca la tierra y húmeda aún á consecuencia de una lluvia reciente, y aquel oscuro bosquecillo, aquella colina verde, aquellas quintas, aquel paisaje dorado aún por un rayo de sol, ... era un cuadro que enamoraba.

Para el regimiento era aquella hora de descanso, de asueto, de solaz. Todos estaban en movimiento. La mayor parte en mangas de camisa y con pantalones de lienzo, giraban entre las tiendas, solos, en parejas, ó formando grupos: algunos permanecían sentados ó echados, ó se perseguían

juguetones como escolares en el patio del colegio; éstos jugaban al tejo con pedazos de ladrillo; aquéllos se ocupaban en ejercicios de esgrima, valiéndose de palos, en medio de un círculo de espectadores; los de más allá, después de haber atado un bramante á conveniente altura, de una tienda á otra, ejercitábanse en la carrera y el salto, entre dos hileras de espectadores que aplaudían su agilidad y destreza; unos, sentados á la orilla del foso, alrededor de un pedazo de servilleta extendido sobre la hierba, devoraban con placer indecible unas hojas de fresca lechuga, acompañada de sendos bocados de pan blanco (de aquel que comen los oficiales); otros sentados á horcajadas en los brazos de los carros, fumaban su pipa en santa paz y beatífica delectación, y por último, otros que vestían ciertas blusas de lienzo que se caían á pedazos, y cuya nítida blancura pertenecía ya á la historia, se afanaban junto á los hornos y las marmitas, quebrando sobre las rodillas frágiles ramas, que con la broza y la maleza, servían para mantener viva la llama de aquellos improvisados hogares, y doquiera llenaban la atmósfera, animados cantares, y gritos, y broma, y regodeo, que alegraban los sentidos y regocijaban el corazón.

¡Cuántos y cuán bellos cuadros! ¡Ojalá supiera pintarlos!

Allá en el fondo del campamento, en medio del lado opuesto á la carretera, el cantinero ha colocado sus tres carros á la manera de los tres lados de un trapecio, con la entrada hacia la parte del campamento: sobre los dos carros laterales ha tendido un toldo remendado y más que medianamente raído, y con media docena de bancos cojitranco y desiguales, y dos ó tres mesas, negras, mugrientas y angostas, una á modo de armario, y otra con pretensiones de mostrador, en el cual ha instalado á su cara mitad, ha dispuesto un despacho de comestibles, figón y taberna, todo en una pieza, que no hay más que pedir. De una cuerda roñosa y mugrienta, cuyos extremos van á parar al aro de una rueda, cuelgan ciertos

adminículos negruzcos y endurecidos, con todas las apariencias de chorizos masticables y comestibles, sin que en ello haya peligro de muerte; para excitar la gula de los soldados ha colocado en el punto más visible un par de cestos de las más frescas ensaladas, un gran plato de pollos desplumados, tísicos y macilentos, una buena pieza de carne cruda, y una lengua hilera de botellas y de vasos cuya transparencia y limpieza dejan no poco que desear, y cigarros tiznados de aceite, y papel para escribir perfumado con esencia de anchoas y sardinas saladas, y después, ha comenzado á gritar:—¡Adelante, muchachos: aquí se come hasta reventar!— Y la verdad es que podría suceder muy bien. Los bancos se hallan completamente llenos, las mesas llenas de botellas: se juega á la morra, se canta, se grita, se bromea, se mete ruido: los vasos suenan de cuando en cuando al chocar los unos con los otros, con lo cual el cantinero que mira por su hacienda, exclama:—¿Qué es eso, muchachos?— Aparece un oficial, silencio profundo: desaparece: vuelta á la gritería. Entretanto en el pasadizo que queda entre las mesas y los bancos se establece una doble procesión formada por los que van á llenar de vino la vacía fiambreira, y los que, habiendo logrado llenarla, se vuelven, diciendo:— ¡Paso que mancho! — y echando sapos y culebras contra los que por no separarse á tiempo les hacen derramar el contenido. En derredor de la cantinera se ha ido formando un grupo de cabos, entre ellos aquel tan gracioso y descarado de la tercera compañía. Por supuesto que el marido anda un si es no es escamado, y le asaetea con miradas furibundas, singularmente cada vez que observa que su oíslo le pone los ojos tiernos al cabo predilecto, y si bien es verdad que se siente con impulsos de protestar, lo deja para más adelante, mirando al negocio de la tienda, en el cual entran por mucho las amables palabrillas de la cantinera. —Hagamos la vista gorda, — dice para sí, — en tanto no suelte los monises. — Acércase un soldado al mostrador. — ¿Qué

quieres? — Una copita de ron. — Ahí va: paga. — Toma. — Y entrega un billete. — No tengo suelto. Esta no es casa de cambio. — Pues ¿cómo quieres que me las componga? — ¿Y á mí qué? Arréglate como puedas. — Y el pobre soldado, hosco, malhumorado y confuso, dándole vueltas al billete, y lanzando á la copa furtivas ojeadas, permanece allí un momento, para alejarse lentamente pasado un rato, murmurando: — ¡Nos pagan con papel que dicen que es dinero! ¡Sí, buen dinero te de Dios, éste se lo guardan los que van á caballo!

Cincuenta pasos más acá, otro cuadro. Lo componen un capitán, y unos cincuenta soldados de su compañía, es decir, todos los que ha podido reunir. Les ha dispuesto en círculo, y después de haberles manifestado que al otro día se tendrá que hacer una marcha penosa, y que está resuelto á echarle un grillete al primero que se quede atrás, ha hecho traer un barril de vino, que ha mandado colocar en el centro, y dirigiéndose á uno de los más listos, le ha dicho: — Levanta el tapón y sirve. — Todos se le echan encima acercando botas, vasos ó fiambreras. — ¡Alto allá! ¡Apartaos, ó no doy una gota! — Todos retroceden. El soldado se ingenia como mejor puede para destapar el barril, valiéndose de las uñas y de la punta de la bayoneta, y el capitán, inclinado y apoyadas las manos en las rodillas, dirige la operación, en tanto que los demás, agrupados en derredor, se relamen de gusto, y se desuellan las manos á puro frotarse las rodillas, y uno á otro se hacen señas y muecas truhanescas, y se dan codazos de inteligencia, indicándose con la cabeza y con picarescas miradas aquel insólito aparato, y se pasan el dorso de la mano por la boca, cual si quisieran prepararla para saborear voluptuosamente aquel néctar, sin mezcla de humor profano en los labios, y se tiran furtivos pellizcos, ó se dan hombro con hombro, hasta que, de pronto (el capitán se ha incorporado) se ponen todos firmes, serios, respetuosos, para que no se crea que están fuera de tino por unas miserables gotas de licor. El

capitán hace seña para que se acerquen: obedecen: el tapón ha saltado, brota gorgoteando un recio hilo purpurino, diez fiambreras colocadas debajo lo recogen, otras diez las suceden, luego otras, y así sucesivamente, y luego á tragos, entre pecho y espalda. — ¿Brindemos? — pregunta uno. — Brindemos, — contestan veinte. Levántanse las fiambreras por encima de las cabezas, muévense, giran, chocan, viértese el contenido y el vino se derrama sobre las cabezas, y baña los rostros, y se escurre por las manos y tiñe chaquetillas y camisetas, y gotea por todas partes; pero ¡qué importa! — ¡Viva la alegría! ¡Viva el capitán! — grita uno de los más animosos. — ¡Viva! — responden á coro los demás. — ¡Silencio, grandísimos bribones! — grita impetuosamente el capitán, trasluciéndose sin embargo en su voz colérica, la complacencia que experimenta. — ¿Habéis perdido la cabeza? ¡Ea, largo de aquí! — El grupo se disuelve, y los soldados se largan en distintas direcciones. Pero otros que de lejos han oído aquel poco de fiesta y gaudeamus, acuden al reclamo, demasiado tarde sin embargo, porque la cuba está vacía y la bolsa del capitán cerrada. Los que acaban de llegar giran como distraídos en derredor, lanzan al paso furtivas miradas, hácese los desentendidos, miran las nubes, dan puntapiés á las piedrezuelas, sueltan descomunales bostezos, pero todo en vano: el capitán pone á todo oídos de mercader, se larga, y no queda esperanza. ¿Qué le hemos de hacer? ¿Nos apesadumbraremos por ello? Y se vuelven por donde vinieron, canturreando á media voz con aquel tono y aquella forma que suele emplearse cuando quiere hacerse de tripas corazón.

Dirijamos ahora la mirada hacia otro sitio: allí, en el ángulo más lejano. Á lo largo de aquel espacio de campo se distingue un canalizo de tres ó cuatro metros de ancho, y por él, entre dos orillas blandas y resbaladizas, discurre el agua, en unos dos palmos de profundidad. En una de las orillas, sentados unos, paseando otros, vense los soldados de

la compañía que tiene sus tiendas establecidas en aquellas cercanías. De pronto, de un grupo de oficiales, que se halla de pie en la orilla opuesta, sale una voz: — Una peseta se gana, el que salte la zanja. Ahí está. — Y de en medio del grupo surge un brazo con una moneda en la mano. Levántanse todos y corren hacia aquel lado. — ¡Yo! — ¡Yo! — ¡Yo! — ¡Y nosotros! — ¡Y nosotros también! — Un oficial: — Á ver. Formaos allí. — Y hace una seña con la mano. Los soldados vuelven la espalda, se apartan en confusión hasta unos veinte pasos de la orilla; se detienen, dan media vuelta, se forman, se disponen en semicírculo, en el centro los más animosos, los menos osados á los extremos; dispútanse á codazos el primer puesto tres ó cuatro de los más resueltos: vence uno al cabo, adelanta el pie izquierdo, echa atrás el cuerpo, mide con los ojos el terreno, mira atentamente el foso, piensa, duda, se vuelve al que tiene al lado, y le dice: — Salta tú primero. — Levántase un ¡ah! general de burla. El vecino vacila también, y con él dos ó tres más. — ¡Fuera, fuera! ¡Saltaré yo! — grita uno que acaba de llegar, abriéndose paso á fuerza de puños y codazos. Se le deja sitio, se adelanta, se dispone, se prepara, se bambolea hacia adelante y hacia atrás, mide con los ojos el foso y el terreno... ha partido. Devora el espacio intermedio, — ¡Ahupa! — ¡Bravo! — se halla en el lado opuesto, plantado sobre el pie derecho, con el izquierdo al aire y los brazos levantados. Suya es la peseta. Y se larga con ella para echar un trago. La contienda se ha empeñado: otro saltarán ha vencido: otra peseta ganada. Parte un tercero, llega á la orilla, da un salto, ¡cataplum! en mitad del agua que salta rumorosa, salpicando á los espectadores de pies á cabeza. Una grita monumental que termina en una solemne carcajada á la cual acompaña un estrepitoso aplauso. El desgraciado ha llegado á tuestas á la orilla, mojado como una sopa, con el pelo revuelto y clavado á mechones sobre el rostro y las orejas, con los calzones pegados á las

piernas, y los brazos caídos á los lados... Pero los oficiales se mueven á lástima, y uno de ellos, exclama: — ¡Que le den un vaso de vino! — y el rostro de aquel pobre diablo se tranquiliza.

¿Y los círculos de cantores? Aquí uno, otro allí, un tercero más lejos, junto á las tiendas, debajo de los árboles, formados por cinco, por diez, por veinte. Éstos entonan una romanza patética con voz ronca y desapacible: aquéllos, un si es no es calamocanos, los ojos echando chispas y las caras semiembobadas, vocean una canción báquica, alzando con ambas manos la fiambarrera, al terminar de cada una de las estrofas, y metiéndose en ella de hocicos, beben á sorbos su contenido, y luego tiran al aire las gorras, y broma y jaleo, y ¡viva la Pepa! con ciertos gestos de mico y ciertos ademanes picarescos de sátiro, que no hay más que pedir. En derredor de los coros más armoniosos y mejor concertados, un reducido círculo de espectadores, y en medio del coro un director que lleva el compás y marca la cadencia con el dedo, y reprende al que desafina, y toma el asunto por lo serio, y contempla con fingida modestia y profunda satisfacción al auditorio que va aumentando por instantes.

Ni faltan los melancólicos y los solitarios que se alejan de tanto estrépito, y á quienes la música, aun de lejos oída, despierta la tristeza en su alma. Éstos vagan por los puntos más solitarios del campamento, ó permanecen sentados en las orillas de los fosos, rozando con los pies el agua que por los mismos discurre, urgando con una ramita de sauce las guijas y la arena del fondo, ó yacen tendidos transversalmente ante la abertura de la tienda, con la pipa apagada entre los dedos, un codo apoyado contra el suelo, la mejilla en la palma de la mano y la mirada vagarosa puesta en las ligeras nubecillas, que con color de llama viva tiñe el sol que camina á su ocaso. ¿Es que recorren con la mirada la cima de aquellas montañas, y piensan en lo que existe detrás de ellas, llanu-